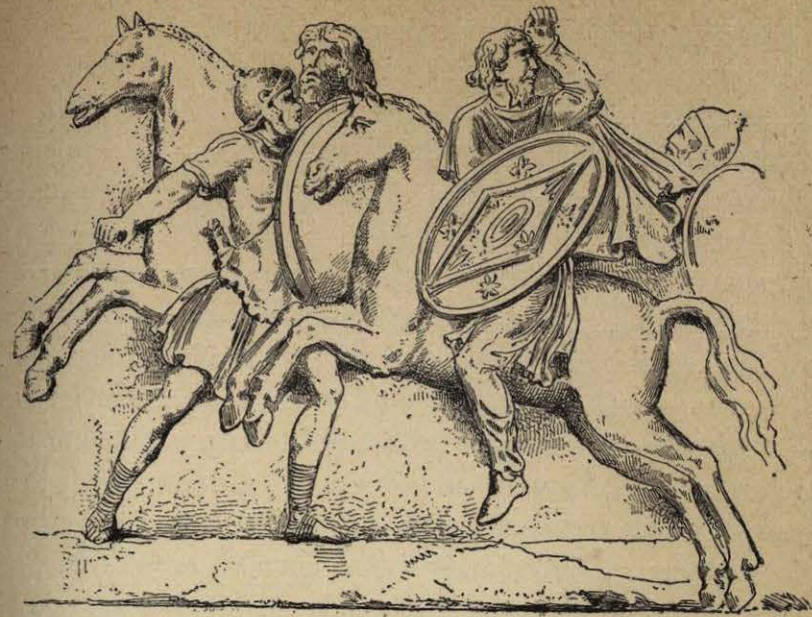


bre las aguas del mar, llevaba un pequeñuelo entre los brazos, en quien se absorbía extática; una paloma bajaba volando de misteriosas regiones con un ramo de olivo que simboliza la paz; dos canoros pajarillos bebían en la misma copa regocijados como si respiraran sus plumas y movieran sus alas nuevas milagrosas ideas; hermoso buen Pastor conducía un corderillo de immaculado vellón sobre los hombros; vírgenes de rodillas y orantes plegaban las manos en señal de santísima devoción y volvían los ojos al cielo retratando misterioso ideal. Y entre los sepulcros cincelados con señales litúrgicas; bajo las bóvedas esclarecidas por lámparas misteriosas; sobre los pavimentos compuestos también por lápidas sepulcrales; al son de las arpas que resonaban todas con sublime resonancia y de los coros que decían palabras sublimes acercábanse al pie de un altar fieles innumerables, y en un cáliz bebían el vino nuevo y de los dedos del sacerdote tomaban un pan que parecía con su virtud aumentarles la vida y robustecerles el espíritu. Así no es mucho que, transportado el César de las cenas de Trimalción á las cenas de Cristo, sintiese aquellos efectos que sentirían cuerpos trasladados en un minuto del polo al trópico, y cayese redondo y sin conocimiento ni sentido en el suelo.



CAPITULO IX

LOS APOCALIPSIS Y LAS SATURNALES

El desmayo sobrecogió al emperador con oportunidad. Sin él oyerá lo que nunca podía imaginar le llamaran sus mayores enemigos en los más violentos espasmos del odio y del horror. Naciente la idea cristiana, se aparecía con todos aquellos afectos de oposición irreconciliable que traían las ideas nacientes consigo á la hora providencial de sus primeros desarrollos. Para la obra de purificar aquella sociedad, no encontraban medio mejor que destruirla. E impidiéndoles por completo su doctrina los medios violentos, arbitrados y puestos en práctica por otras sectas, invocaban el fuego de los cielos y creían que se acercaba la hora última y el juicio final de un mundo cancerado por tan corrosiva gangrena. El sagrado libro que contiene todas estas amenazas es el Apocalipsis. Desde los instantes primeros de su vida natural, aquella sociedad cristiana, tan débil de suyo, que se escondía en las catacumbas, como puede un secreto ocultarse y callar en el silencio de la conciencia, acaricia en sus humillaciones la venganza, escribe apoca-

límpicamente su profecía contra la nueva Babilonia, profecía que dice cómo, después de rotos los siete sellos del libro de la vida, después de apagadas las siete discordantes voces de las trompetas estridentes y agudas, cuando ya Satanás ha sido roto y arrojado á los profundos abismos donde hierve la hiel de todos los males, antes de que la nueva sociedad brote como una flor al abrir su capullo y se dilaten los cielos novísimos y se borren los pasos de la guerra que ha corrido hambrienta de matanza por todas partes, jinete en un caballo cuyas crines destilaban sangre y cuyas herraduras trituraban mundos; antes de que todo esto se cumpla, un ángel, mensajero de la cólera celeste, que desciende desde lo alto en las ráfagas de tremenda tempestad, se dirigirá con arresto á la Babilonia impura, á la gran Babilonia envuelta en escarlata, tinta con la sangre de cien pueblos, coronada con el oro arrancado á las cajas de cien reyes, que embriaga tristemente á los hombres con el rojo licor de sus concupiscencias y ella misma se embriaga con el fluor vertido de las venas del inmenso martirio, y desarraigándola de la tierra, como el huracán desarraiga una encina muy fuerte, la sumergirá en océano sangriento con el monstruo de las siete cabezas, cuyas siete lenguas profieren siete maldiciones contra Dios, y habrán muerto los escándalos del paganismo, y cesarán los rumores de los festines y los ecos de las cítaras con las flautas y los cánticos voluptuosos que de sus labios, empapados en el sensual beso de los placeres, exhalan los poetas coronados de flores; y sólo se oirá, cuando los cielos se arrollen como un pergamino y los soles se apaguen y en pavesas se disuelvan, el hosanna consagrado por todas las jerarquías celestes á Dios en alabanza y loor á este acto de su tremenda justicia.

El trono, levantado sobre un arco iris en que Dios relumbra como colosal rubí; los veinticuatro ancianos, vestidos con togas blancas como partículas de nieve y coronados con áureas coronas como rayos de sol; las siete lámparas misteriosas, colgantes de lo infinito y nutridas por siete soplos del Espíritu divino; los querubines y serafines que se agitan en aleteos incesantes y pulsán sus líras etéreas; los monstruos asirios en forma y con aspecto de leones ó águilas; el trueno que retumba por todas partes y el rayo que relampaguea y fulmina; el trisagio entonado por los videntes

en sobrehumano éxtasis; el cordero de Dios y el volumen misterioso de los siete sellos se mueven alrededor de un Anti-Mesías, de un Anticristo, especie de Luzbel, no angélico, más bien humano, quien hace que los hombres se degüellen unos á otros con encarnizamiento y dejen de sí una inmensa carnicería, cuyo hedor apesta los aires y extermina los pueblos; que la tala entre por los campos, asolándolos hasta no dejar una cinta de hierba ni un fruto regalado; que el hambre debilite y enflaquezca los hombres con sus estragos; que la muerte reine, como un vacío y negro sol de telarañas, en cuyas hebras se prenden y enredan los orbes convertidos en granizo; y que todo vuelva de nuevo al vacío seno de la nada. ¿Y á quién atribuían todos estos terribles ministerios los cristianos? Pues á Nerón.

Imaginaos con cuál oportunidad vino el desmayo que aterró de un modo espantoso á la pobre Acté, pues nada tan fácil como un sermón cuyos acentos maldijeran al Anticristo y revelaran en esta personificación de todas las maldades un verdadero símbolo del emperador Nerón. Cuatro cristianos sacaron al desgraciado epiléptico de aquella situación y lo condujeron al jardín y retiro de Acté, donde los cuidados y las atenciones de la pobre neófita, que cometiera tan grande temeridad por convertirlo, concluyeron á la postre devolviéndole vida y sentido. Cuando Nerón volvió en sí, á pesar de sentirse como mareado y de que todo rodara en torno suyo, volvió de nuevo á las andadas, é intimó por última vez á la pobre asiática el mandato de retornar al antiguo amor y rejuvenecer las antiguas caricias. Negóse á ello en absoluto Acté; y Nerón, que no quiso llevar á sus últimos extremos la violencia, en parte por el respeto que la sierva le inspiraba, y en parte por la esperanza de nuevos goces con Popea, dejóla en paz, bien ó mal de su grado, y se resolvió, en vista de aquella resistencia invencible, á recomenzar su premeditada conquista. Volvió, pues, á su palacio con dos ideas muy decisivas: primera, pronta reanudación de sus relaciones con Popea sin rival ninguno, y toma de posesión del trono sin tutela de Agripina y sin rivalidades ó competencias con Británico. El amor y la muerte ocupaban alternativamente su alma y le impelían á sendos pensamientos y á sendos afectos opuestos, por la necesidad absoluta de contrastes que sentía siempre y á la con-

tinua su naturaleza de artista. Así puede asegurarse que los proyectos acariciados en aquella crisis eran tres; primero y principal, refrenar el poder de Agripina; segundo y no menos grave, conseguir el amor de Popea; tercero y último, deshacerse de Británico por cualquier medio. Hemos puesto entre los últimos este plan y acaso debiéramos ponerlo entre los primeros. ¡Caso rarísimo de hipnosis!, como ahora se dice. Aquella especie de mágico ensueño por que pasara; el eco de las voces místicas que traían de los cielos y de los misterios consoladoras nuevas; las nubes de incienso que subían en espiral á lo alto; el centelleo de las lámparas que penetraba en los abismos del espíritu; la cena religiosa donde las almas se desceñían de los cuerpos; ora fuese por lo poco preparado que Nerón estuviera de suyo á comprenderlo con claridad, ora fuese por lo perturbado de sus nervios y por lo neurótico de su complexión y por lo extraviado de su carácter, es lo cierto que le habían dejado la huella tan sólo de una pesadilla, en la cual pesadilla no veía otra cosa que la conjura de Británico y de su corte contra la corte y la persona y el trono de Nerón. Así, después de todas las emociones sufridas en aquel viaje á lo profundo y de todos los ataques epilépticos experimentados; su pensamiento y su voluntad se reconcentraban en este doble fin: hacerse con Popea y deshacerse de Británico. Poca distancia en él entre la idea y la voluntad. No concebía un proyecto en su inteligencia, cuando ya lo realizaba en el hecho y en el espacio; como á lo mejor, del hecho y del espacio se retraía, dando un salto mortal á los ensueños y las imaginaciones.

Para distraerse, trazaba borradores de cartas dirigidas á Popea y esbozadas de la siguiente suerte: «Yo quiero que seas Penélope de este tu rendido Ulises, y que te defiendas del marido con quien ahora vives y del mismo con quien deberás mañana vivir, de Othón, encargado, no de poseerte, sino de guardarte, para que nadie te posea, como se defendía Penélope de sus requeridores y pretendientes. Conozco que tus dedos no están acostumbrados á hilar ni á tejer, y que inútilmente pediría hoy á tu divina ociosidad una tela como la inacabable tela de Penélope. Mas piensa en mí, que harta ocupación te dará este pensamiento; y créete que ninguno de mis rivales podrá ofrecerte las ventajas que yo, ni echar á tus pies los

presentes que podré yo echar, pues no me cabe mi corazón en el pecho, ni mi amor en el corazón. Antes que hayan pasado cuatro lunas por el cielo, estarán unidos nuestros cuerpos en el mismo tálamo cual cariñosísimos esposos. Ya me pongo á contar, y mira que los amantes sabemos contar, el tiempo que nos separa de esta unión. Cada grano de arena que se va en el reloj y se lleva lo presente y nos acerca lo porvenir, me quita una montaña del pecho. De rodillas quemó incienso á diario en los altares de todas las divinidades para que los dioses te guarden y te prosperen la salud. Yo conozco muy bien cómo eres de burlona y escéptica, por lo cual quizás no des crédito con tu asentimiento á lo dicho por mí con tan ingenua sinceridad. Te juro por mis abuelos, todos dioses, que en cuanto hayas realizado el indispensable divorcio de tu marido y unídote al guardián que pondré yo allí para celar tu vida y tus actos, nos uniremos por medio de un himeneo natural, más legítimo que todos los himeneos civiles y religiosos. Pero que mi amor inmenso no se vuelva en demérito á tus ojos, cuando es á la verdad un grande mérito, pues las mujeres soléis querer poco á quien os quiere mucho. Pero mi mayor esperanza nace de este mérito. Si tú lo desconoces ó lo rehusas, ¿qué será de mí? Dándote todo mi ser cesáreo en plena propiedad, te doy algo como el dominio luminoso de Júpiter y el dominio oscuro de Plutón reunidos. Los besos de amor se juntaron en los labios, y se juntarán en los senos las lágrimas de regocijo. Yo sobrepongo en estimación al nombre de emperador del mundo este otro nombre, que con tanta justicia me darás ahora, el nombre de apasionado amante tuyo. Si necesitas que los llantos de mis ojos ablanden la peña de tu pecho, puedes contar con un diluvio que dejará atrás el célebre de Pirra y de Deucalión. Yo recuerdo la primera vez que te vi. Una guirnalda de rosas ceñía tu frente, una túnica de lino flotaba sobre tu cuerpo, llevabas en la mano una cítara de oro y en los ojos un rayo de armoniosa inspiración. Me pareciste Venus en persona. Así me adscribiste á ti, como está el cuerpo adscrito al espíritu, que diría Séneca. Y quien manda tiránicamente á todo el mundo, te suplica de hinojos á ti que le correspondas con tu amor su amor. Y amándome, ni siquiera puedes temer que un dios adverso te persiga, porque hasta los dioses son cortesanos de Nerón. Yo necesito ya

tener quien á mí se parezca en el mundo, quien me continúe, quien recoja mi herencia; y esto no podré nunca obtenerlo de Octavia, que no se acerca, ni se puede acercar, á mi tálamo. Imposible comprender que Octavia se llame mi esposa, cuando sólo es mi hermana, y te llames tú mi amiga, cuando eres mi esposa. Así presiento que te han los cielos reservado el destino de perpetuar en lo porvenir el nombre y la sangre de Nerón. El primer hijo que tengamos lo consagraremos á las divinidades sublimes de nuestros abuelos en Grecia. Entraremos bajo aquellos arcos de laureles, siendo yo Júpiter sin veleidades y tú Juno sin celos. La tierra me debe su paz, el mar su seguridad, el cielo su esplendor; y sin embargo, no aspiro á más premio que tu cariño, ni quiero ya más imperio que el imperio sobre tu ánimo. El vencedor de todos se declara vencido por ti; el dueño de todo, súbdito de ti; el dios sobre todos, consagrado á ti. ¿Qué triunfador tuvo entre sus despojos, como lo tienes tú sola, todo un Nerón? Eres más que Hércules, porque sólo tuvo Hércules el león de Nemea. No creas más dulce la raza de los animales que la raza de los césares. Domar como has domado á Nerón, ¿qué trabajo hercúleo á este comparable? Lo mismo de ti me acuerdo en la noche, cuando el cielo está lleno de estrellas, que al despertarme por la mañana, cuando el suelo está cubierto de rocío. Yo mando sobre Roma; pero no mando sobre mi cólera. Y te digo esto para mostrarte que prefiero envíes la muerte misma en un veneno, al desdén asesino en tu carta: furioso de no merecerte, llegaría seguramente á matarme ó á matarte. Pero yo he adivinado que me amas; pues muchas veces, cuando en casuales encuentros he topado contigo, al clavarte mis ojos, he visto en el rubor de tus mejillas colorarse de suyo el interno incendio de tu amor. Y tengo yo algo superior á esta figura que te conmovía y entusiasmaba; tengo mi voz de oro, á la cual todo se suspende, hasta lo inanimado, y á la cual todo se emboba para encantar la vida; como tengo unos discursos para regalarte á ti el oído, los cuales únicamente pueden por sus bellezas de idea y sus armonías de forma compararse con los versos de mis composiciones y con la melodía de mi música. No quererme sería no admirarme. Y bien sabes cómo yo aun tolero que no me quieran, pero jamás toleraré que no me admiren, cuando me diera el cielo tantas coronas de poeta y de músico, superiores

á mi corona de César, y por las cuales debe suspirar una joven como tú, admirable y admirada Popea. Si me amas, envaneceréme como el vencedor so los arcos de triunfo, y compartirás mi soberbia; si me desamas, lloraré como un verdadero niño; mas niño y todo, nunca te perdonaría, sobreponiendo á mi bondadoso natural de artista la desgracia mi perverso natural de tirano. Yo te creo amante; no me salgas pérfida, porque uno y otro nos veríamos heridos de la divina cólera, por la perfidia tú, yo por la credulidad. Asegúrote que cuando yo cobre la posesión absoluta del poder, tras la cual ando, el epitalamio dulce resonará en tu corazón satisfecho; arderán las antorchas nupciales encendidas por nuestras manos; y la flauta del dios Pan celebrará en sonidos campestres sin fin, juntamente con el idilio de nuestras bodas, la dicha de nuestro amor, en el cual ardo, como arde una campiña fresca, si el Euro abrasador la castiga y azota, nutriendo y aumentando con soplos ardientes el incendio de sus mieses. Los dioses te han hecho para los placeres del amor y te han destinado á mi vacío lecho. Músico yo como Apolo y de vida embriagadísimo como Baco, si aquél amó á la hija de Alfeo y éste amó á la hija de Gnois, yo te amo á ti sobre todo y ante todo en el mundo. Si yo quisiera, créelo, hacerme amar, las nereidas del mar, las náyades del arroyo, las ninfas del campo vendrían á buscarme todas, convirtiendo el alto Palatino en gruta de sus amores, y Venus misma dejaría el helénico mar en busca mía, ó acaso me llevara en los brazos suyos á la concha de nácar opalada en que al universo entero hechiza y enamora. Hubiera querido callarte una pasión tan exaltada como esta pasión mía, en espera del momento feliz destinado á sentir y saborearla sin miedo y sin rivales. Después que hayas recibido esta carta, no tendrás inconveniente alguno en recibirme á mí también; y después que la hayas devorado con tu vista, no tendrás inconveniente, no, en devorarme á mí con tus besos. Premio extraordinario y sobrenatural casi, pero merecido y justo. Un César se parece mucho á un piloto en las tempestades que le cercan y en las tormentas que le amenazan. Pues como el piloto requiere un puerto en todo viaje, requiere á Popea el César en todo deseo. Y cuando pienso que otro mortal te posee, mientras yo suspiro por ti, pierdo el seso completamente y rabio de celos con esa furia devasta-

dora que sólo conoce mi pecho. ¿Qué me importa llenar un trono si está vacío mi lecho? ¿Qué me importa poseer el mundo si en mis barbas tu esposo posee el cielo? Esta reflexión me hiere profundamente. Y esta herida no se curará sino después que pueda llamarte á boca llena mujer mía y emperatriz conmigo, porque no intento yo un crimen, intento un matrimonio. Tus ojos me han dado la esperanza; no me la quiten tus labios. Yo tiendo á tus pies mis manos suplicantes. ¡Quién puede gloriarse, como tú, de tener un César por esclavo! Yo mismo heme á ti encadenado. Remacha mis voluntarias cadenas con tus manos y átame al lecho de tu alcoba para siempre, como el can vigilante que tienes atado hasta su muerte á la entrada de tu palacio. Me llamo cien veces perro y esclavo, ¿no querrás llamarte ama de quien así á tus caprichos se rinde y prefiere tu látigo á su cetro? Me has clavado tantas flechas con tus ojos en mi pecho, que no puedo arrancármelas y necesito el bálsamo de tus lágrimas con el cauterio de tus besos para cicatrizar tantas heridas y restañar tanta sangre. No pudiendo manifestarte de otra manera mi amor, escribo, escribo, escribo, sin saber ya, tras tanto escribir, ni qué te diga, ni qué me diga. Perdóname, y premia el delirio patentizado en la incoherencia de mis palabras con el galardón de tu amor.»

Así hubiera continuado de seguro el César, si no interrumpie su privado de aquel momento, su predilecto, su abominable Tigelino la faena.

— ¿Has hecho todo cuanto te he dicho? — preguntóle el César.

— Todo — díjole su parásito. — Los romanos únicamente vivimos para nuestros emperadores.

— Y hacen bien, perfectamente. Con este gran ejemplo de disciplina en lo alto se arraigan los hábitos abajo de disciplina, sin los cuales no podría el culto imperial sostenerse.

— Así componéis el mundo á vuestra imagen. Cuando le duelen al emperador las tripas, le duelen al Imperio. El día que señales un alimento con tu preferencia, lo tragarán hasta los mismos á quienes les repugne, y el día que te purgues, de saberlo tus súbditos, se purgan todos.

— Por eso la corte y los cortesanos deben mirar mucho lo que hacen, pues no pudiendo al emperador acercarse las gentes, acér-

canse á los suyos, á sus familiares, á sus domésticos, y los imitan y los siguen.

— Eso hay que contárselo á tanto griego como te rodea.

— ¿Quieres decir á mis libertos?

— A tus libertos quiero decir.

— Pues ahora no hay tantos como bajo Claudio entre mis familiares. Los libertos comenzaron á encargarse desde los tiempos del divino Augusto de toda la corte. Mecenas le dió al primer emperador este consejo. Ya en tiempo de Calígula casi todos los cargos eran para los siervos emancipados, liberalidad agravada en tiempo de Claudio. Tenemos de cortesanos á los libertos, para humillar y fustigar á los nobles. Así, vale más una corte compuesta de grecistas que un senado compuesto de patricios.

— Y luego — añadía Tigelino, abundando en el pensar de Nerón, — como siempre, tenéis aquí un mosaico de todos los pueblos: la sagacidad y astucia de los orientales, el arte cómico perfecto y la elocuencia continua de los griegos, las gracias y chistes de los sirios, la incisiva causticidad de los egipcios, hasta la sabia economía de los judíos; todo aquello que han esparcido y separado los dioses por el mundo.

— Dueños del mundo — añadía Nerón — los romanos emperadores, al mundo le pedimos esclavos, no sólo para que nos sirvan, para que nos instruyan acerca de sus respectivos países.

— Y así, poco á poco, el Estado se va convirtiendo en propiedad de todos y dejando su carácter especial romano que tanto le distinguiera y le calificara un tiempo.

— Mas, para contrastar tales influjos, contamos con amigos como tú, de cepa clásica y de poder moral sobre mí, superior al que puedan ejercer todos los libertos del mundo.

— Tú me llamas el amigo de por vida, el compañero de tus placeres, el guardián de tu persona y las gentes me llaman el parásito.

— No hagas caso de las gentes. En su ignorancia no comprenden la necesidad que tenemos de ciertos servidores y el bien que nos hacen sus servicios. Te tiran á muerte; pero tú tienes un escudo inmenso, que es Nerón. Perdona si divierto á otro mayor objeto que las habladurías romanas tu ánimo, y perdona que te pregunte si ves á Popea y con Popea frecuentemente hablas.

— ¡Vaya si la veo con frecuencia y vaya si hablo expansivo con ella!

— Yo necesito un amor para mi vida; y la mujer en quien mi atención y mi pensamiento se fijaran; la que yo creí amante sin par y resuelta con resolución irrevocable á seguirme, Acté, ha ingresado en no sé cuál secta y hecho no sé qué promesas de castidad á sus dioses, por lo que no puedo entenderme con ella, y necesito salir de mi soledad, entrando en unos amores indispensables, para que, viviendo feliz en mi hogar tranquilo y con una familia verdaderamente amada, pueda consagrarme á los negocios públicos, mantenido por los brazos predilectos y animado por los ojos como luceros de una mujer amada.

— Nerón, la fidelidad se funda en la franqueza. Popea te ama, según me ha dicho; pero cree que un amor consagrado á persona tan alta como tú, no puede menos que ser un amor exclusivo primeramente, concienzudo después, público al fin, y por público, autorizado en la religión como en las leyes.

— Explícame todo eso. ¿Qué quiere decir por un amor exclusivo?

— Un amor incapaz de consentir, no ya rivalidades y competencias con otra mujer que juzga ella imposible dentro de una pasión verdadera é intensísima, con individuos de tu familia cuyas sombras obscurecerán la mutua dicha de los dos amantes.

— ¿Qué individuos de mi familia la inquietan?

— Primero Agripina.

— Pues que dé á la emperatriz por muerta. Tanto me da matar á mi madre como si matase una mosca.

— Después Octavia; no quiere Popea ser tu manceba de un día, quiere ser tu esposa legítima de siempre.

— Octavia, Octavia.... Morirá también. Pero necesito más tiempo ciertamente para desasirme de Octavia que para desasirme de Agripina. El nombre de su padre y la complexión de su carácter le dan partidarios á los cuales no puedo desconcertar para perderla, sino con astucia y perfidia, que requieren disimulo, silencio y tiempo.

— Pero no le basta con Octavia, como tampoco le basta con Agripina: la primera le incomoda porque amenaza la tranquilidad

de su corazón, y la segunda le incomoda porque amenaza el goce que debe tener la esposa de un César del Imperio ó de sus múltiples bienes.

— ¿Quiere más víctimas inmoladas en los altares de su amor?

— Las quiere y las necesita.

— ¿Cuál?

— Británico.

— ¡Bah, Británico! Tanto me importa matarle como si matara un recental. No le degollaré, porque la sangre tiene mucho de llamativa y escandalosa; pero nos ayudará Locusta con un veneno, y saldremos de Británico.

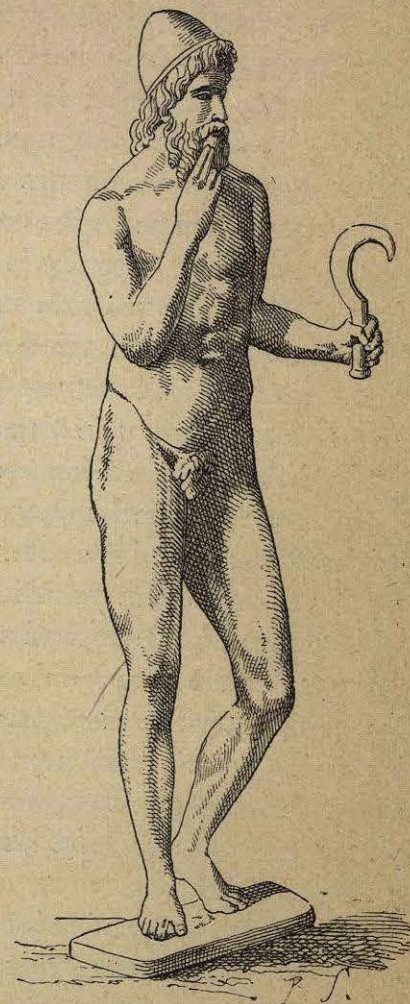
— Al término de todo esto, Nerón, se hallará el amor que necesitas y aparecerá la mujer que deseas; al término de todos estos sacrificios.

— Ninguno de ellos me importa. El remordimiento no penetrará en mi conciencia, porque me hallo facultado por los dioses para imponer la muerte á quien se interponga en mi camino y asombre con esta interposición de su cuerpo el disco de mi autoridad. Pero ya sabes que las gentes de abajo apenas comprenden lo que arriba pasa, como no se comprende nunca desde un hondo valle ni el aire ni la vida que reinan en las cumbres de los altos montes. Ha prescindido de Octavia, dirán unos, la mujer que le aportó en su canastilla de boda la diadema imperial. Ya dice para molestarme y malherirme mi madre Agripina esto mismo, siempre que me amonesta y riñe. Pues no te quiero decir cómo se ponen todas las madres contra los hijos descastados, aunque sean esos hijos tan buenos como yo y esas madres tan malas como mi madre. De Británico no quiero decirte que lo ha esta mala mujer, á quien debo la vida, hecho un instrumento de terrible combate contra mí para perseguirme á muerte y aniquilarme si puede. Pero yo romperé todos estos instrumentos, empezando por Británico, el cual me parece ahora mucho más frágil que los restantes y por ende mucho más pronto á quebrarse de suyo entre mis manos.

Celebrábanse á los pocos días de tal diálogo las fiestas saturnales en Roma. El sentido común y el habla vulgar han prestado á esta palabra una significación de placeres y desórdenes colectivos, los cuales pugnan á la verdad con el origen y el carácter que tuvie-

ron las Saturnales en Roma. Dase nombre de saturnal á cualquiera de los espectáculos inmorales que se ofrecen tras una comida campestre ó una orgía ciudadana, en que los comensales se embriagan y acaloran, escandalizando con sus palabras y desatinándose ellos mismos en sus obras. Mas con el comienzo de la Historia romana en sus más remotos anales y con el ministerio representado por Saturno en la vieja religión, estas fiestas coinciden, fiestas esencialmente religiosas. Como en las Exposiciones internacionales un mercado sea la distracción y recreo principal hoy, en las fiestas romanas era principal diversión y recreo una feria. Y la feria, que quiere decir trabajo para quien vende y compra, quiere decir ocio para quien á ella como aficionado y espectador asiste y en ella se huelga y se recrea. Así llamamos todavía en el habla corriente y vulgar á los días festivos días feriados. En los correspondientes á las Saturnales dábese mucha paz á la mano y á las lenguas mucha guerra. Por esto sin duda Macrobio dió el nombre de *Saturnales* á un libro enciclopédico, en que habla de cien asuntos que comprenden desde la historia de muchas palabras latinas y frases y refranes, hasta los comentarios de la *Eneida* y los loores á Virgilio, mezclados con observaciones de alta crítica. El capítulo segundo de tal obra nos habla del origen de las conversaciones de sobremesa que se han prolongado hasta nosotros, y de las declinaciones de la palabra saturnales, que se sale un poco del régimen gramático y del uso común por la vetustez de semejante palabra. El escritor niega que la religión á Saturno consagrada provenga del Egipto. Todo lo contrario: el Egipto no admitió entre sus dioses á Saturno hasta que lo impuso muy tarde Alejandro, devotísimo suyo, y lo confirmó y mantuvo la sucesión de Alejandro, los Ptolomeos, que reinaron á la sombra de tan excelso héroe. Y esto último es tan cierto, que como exige el culto de Saturno sacrificios de animales, y sangre, por ende, muy detestables á los egipcios, los templos á Saturno se erigieron en las afueras de las poblaciones egipcias para que su hedor no contaminase la trascendencia á incienso que despedían los puros templos egipcios. Cosa difícil averiguar la genealogía y estirpe de las antiguas festividades romanas, porque todas ellas se hallan ceñidas de tinieblas y en todas entra por una parte principalísima el misterio. Había en ellos

mucho que podía siempre decirse, pero mucho que se callaba, como los secretos de confesión ahora, y que permaneció reservadísimo á unos cuantos iniciados, guardadores de cierta vieja tradición oral, perdida para siempre. Reinaba de antiguo en tierra de Lacio, Jano, á quien atribuyó la mitología dos caras, una mirando á lo pasado y otra mirando á lo porvenir. Y cuando más indisputado y menos compartido parecía el poder de semejante dios, aparecióse por las playas de Regio, yendo en misteriosa nave, Saturno, que traía inventos, por los cuales alzóse á las aras y obtuvo la devoción de los obligados á su culto por el agradecimiento. La hoz, llevada por Saturno en guisa de cetro, recuerda cómo este dios enseñó á los latinos el injerto en los árboles y colmó de panales y mieles de infinita dulzura, que antes fluían por los troncos á su grado, las pródidas repletas colmenas. Consiguientemente con todo esto, las primeras festividades á Saturno se conmemoraban ciñéndose sus devotos con ramos de higueras y regalándose bollos amasados con miel. Así los tiempos de Saturno se llaman en todas las edades posteriores tiempos de felicidad, lo mismo entre los poetas que entre las pitonisas, lo mismo entre los oráculos que entre los sacerdotes. Y como eran siempre de paz y felicidad, no había desgracias. Y como no había desgracias, no había seguramente aquella peor cien veces que la enfermedad y que la muerte, no había esclavitud. De aquí resulta el principal carácter de las saturnales, la libertad completa de manos y sobre todo de lenguas dejadas á los esclavos en ellas. Pero hubo más: el



Estatua de Saturno

buen Saturno representa un paso de progreso en los sacrificios, porque sustituye al infernal Plutón y significa el tiempo coordinado y corriente surgiendo de la tenebrosa é indeterminada eternidad. Y como á Plutón en sus sombras se le consagraba una cabeza humana donde los ojos se habían extinguido, á Saturno en su luz se le consagraban unas ardientes y vivaces antorchas que iban de mano en mano alrededor del templo de su divinidad. Estas antorchas fueron de cera en agradecimiento á la invención por Saturno del colmenar y las colmenas. Así, en las puertas de sus templos hay tritones con una bocina en la boca, y aquellos tritones con las colas hundidas en el agua y la cabeza de persona en el aire significan el tránsito de una vida inferior á una vida superior, como las bocinas representan el principio de unas edades históricas, en las que suena la verdad como no había sonado en las edades caóticas de los protoplasmas y de los gérmenes. Celebrábanse las saturnales en Enero; porque á Jano se consagró Enero, á Jano que le precedió en el trono de las divinidades romanas, y á Saturno mismo Diciembre. Parece imposible: una cosa tal como la fiesta de Saturno se inventó para dulcificar la dura esclavitud, prestando á los siervos siete días de libertad anuales, en los que soltaban sus lenguas y decían á grito herido sus quejas. Pues unas saturnales en las que Británico se creyó autorizado á decir lo mismo que decían los esclavos en tal ocasión y con motivo tanto, fueron la causa ocasional de la desgracia experimentada por aquel príncipe, á quien ya tenía entre ojos, desde las preferencias de Agripina, el celoso y receloso Nerón.

Quien hubiera seguido los pasos de Nerón entre sus confianzas últimas con Tigelino y las fiestas saturnales, viéralo deslizarse como una sombra en los gabinetes reservados á Locusta y recibir de la envenenadora terribles consejos y advertencias para deshacerse de sus enemigos, hasta quedarse, si así le pluguiera, sólo en el mundo. La educación, que presta los temperamentos y los caracteres sobrepuestos al temperamento y al carácter nativo de cada persona, se recoge con suma facilidad en el aire, y como los elementos de la respiración y como los átomos de la nutrición á cada cuerpo, se la asimila el espíritu. Abiertos los nervios del joven César á todas las impresiones y dócil el espíritu á todos los

ejemplos por aquella susceptibilidad natural suya, de que adolecen los temperamentos exaltados y las almas artísticas, no dejó nunca de comprender cuánto sirvieran en el Imperio las drogas de aquella maga horrible á los planes y á los proyectos de su ambiciosa madre. Así pensó reproducir en el hijo la escena misma de la muerte del desdichado Claudio. El mucho vino, la grande alegría, el placer conexo con las saturnales, las cenas orgiásticas, la libertad reconocida en todos los siervos por obsequio al dios, el desate y suelta de las lenguas, habían de sugerir á Británico alguna imprudencia, muy análoga de suyo con la que otra vez cometeria delante de su madre misma, de Agripina, cuando en una tesis oral, entre literaria é histórica, la insultó, y ésta se volvió contra él como una víbora, y no le picó por miedo á que Claudio se interpusiera en su terrible acción y le atajara el paso. Pero ahora, todo cuanto había inventado Agripina contra Británico le servía de apoyo á Nerón para castigar al joven hermano y hacerle sentir el poder infernal de su grandeza y el alcance de su facultad de producir el mal, que llegaba en su extensión hasta parecerse al poder mismo de la muerte.

Corrían las saturnales. Cuantos ritos señalaban los viejos anales romanos, otros tantos se cumplían en el palacio de los césares, obligados á ensalzar la religión más, pero mucho más que los últimos plebeyos. Nerón, por tanto, debía pasar en la cena saturnal por un esclavo, y Británico por un emperador. Británico tenía derecho por ende á decir cuanto el gusto le pidiese; Nerón deber de callarse como un muerto. Habíase arreglado la cena como en las mayores comidas, pero no le tocaba el sitio preeminente al César, le tocaba en este particular momento á Británico. Reinar, aunque fuese por un momento, le ponía fuera de sí al misérrimo príncipe, como dejar que otro reinase le ponía también fuera de sí al misérrimo Nerón, que no podía tolerar el eclipse de un minuto á su poder y á su gloria. Para mayor tormento no estaba solo, y tenía en el puesto inferior adonde le condenaban las costumbres y las mascaradas saturnales, junto á sí, las dos mujeres que más le atormentaban en el mundo, su esposa Octavia y su madre Agripina. La repugnancia experimentada por él ante una y otra tenía tal fuerza, que cerraba los ojos para no verlas y los oídos para no escuchar-

las, gozándose con sumo gozo en contemplar y oír á las dos ausentes, á Popea y Acté, que llevaba en lo interior de su alma y aparecían á cada evocación suya en los infinitos espacios de su pensamiento, embargado con incontrastable y continuo embargo del amor y del arte. Colocados ya todos los asistentes en sus sitios respectivos, empezaron las conversaciones predecesoras del discurso que rumiaba el infeliz Británico, y que fulminado por sus labios debía caer como un rayo sobre su cabeza y troncharla.



CAPITULO X

IMPLACABLES VENGANZAS

Tres grupos capitales formaban los asistentes al banquete: los grupos de Británico y sus compañeros; de Nerón y su familia; de los filósofos y poetas, presididos aquéllos por Séneca y éstos por Lucano. El gasto y el enorme lujo excedían en estas comidas á cuanto en otras se mostrara. No podía el Palatino, la residencia de los emperadores, dejarse vencer por nadie, á causa de que no podía superarlo todo sino siendo superior á todos. Así las escuadras del Imperio empleábanse muchas veces en llevar manjares al emperador. Nerón ponía desde los parthos hasta los andaluces á contribución para que le regalaran y enriquecieran la mesa. Los huevos más ricos de mujol mediterráneo, los sesos mejores de faisanes bravos y pavos indios llegaban en las naves que por cuenta del Estado recorrían todas las costas del mar. Las ostras del hermoso Lucrino, las almejas de Lusitania, las castañas negras y amarillas, las aves más raras puestas sobre muy gordos espárragos costaban un ojo de la cara y hacían perder de gusto el sentido á los glotones romanos. Las flores, únicamente las flores allí esparcidas, en meses á ellas tan opuestos como enero, costaban millones de sestercios. No